SERIE CONFERENCIAS

ERIC HOBSBAWM:

LA HISTORIA Y AMÉRICA LATINA

FELIPE PORTOCARRERO SUÁREZ
MARTÍN MONSALVE ZANATTI
EDITORES



De esta edición:

© Universidad del Pacífico
Avenida Salaverry 2020
Lima 11, Perú
www.up.edu.pe

Eric Hobsbawm: La Historia y América Latina
Felipe Portocarrero Suárez y Martín Monsalve Zanatti
(Editores)

Serie Conferencias 17

1.ª edición: noviembre 2017
Diseño de la carátula: Ícono Comunicadores
ISBN: 978-9972-57-380-4
doi: http://dx.doi.org/10.21678/978-9972-57-380-4

BUP

Eric Hobsbawm : la historia y América Latina / Felipe Portocarrero Suárez, Martín Monsalve Zanatti, editores. -- 1a edición. -- Lima : Universidad del Pacífico, 2017. – (Serie Conferencias ; 17)
41 p.

1. Hobsbawm, E. J. (Eric J.), 1917-2012 -- Aniversarios, etc.
2. Historiadores -- Gran Bretaña -- Biografía
3. Historia social -- América Latina -- Siglo XX
I. Portocarrero S., Felipe, editor.
II. Monsalve Z., Martín, editor.
III. Universidad del Pacífico (Lima)

306.09 (SCDD)

Miembro de la Asociación Peruana de Editoriales Universitarias y de Escuelas Superiores (Apesu) y miembro de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe (Eulac).

SERIE CONFERENCIAS

ERIC HOBSBAWM:

LA HISTORIA Y AMÉRICA LATINA

FELIPE PORTOCARRERO SUÁREZ
MARTÍN MONSALVE ZANATTI
EDITORES



Índice

Presentación

El mes de abril del año 2017, el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas y el Departamento de Humanidades de la Universidad del Pacífico rindieron público homenaje al ilustre historiador Eric Hobsbawm (1917-2012), quien dedicó varios trabajos al estudio de la historia y de los procesos sociales y políticos de América Latina y del Perú. Pero no solo fue una preocupación intelectual la que Hobsbawm mantuvo a lo largo de toda su vida profesional. Hubo lazos afectivos que se nutrieron de sus continuas visitas a la región y a nuestro país y de asesorías a numerosos estudiantes de doctorado, que encontraron en él no solo a un maestro inspirador, riguroso y comprometido, sino también a un ser humano cálido y receptivo.

Para cumplir con nuestro propósito, invitamos a la Dra. Scarlett O'Phelan, quien fue una de las más distinguidas estudiantes peruanas asesoradas por Hobsbawm, al Dr. Felipe Portocarrero, al Dr. Martín Monsalve y al profesor Luis Torrejón, para que hicieran breves intervenciones sobre diversas dimensiones de la personalidad y del trabajo académico de uno de los más importantes historiadores marxistas de los siglos XX y XXI.

Con esta publicación, que reúne las intervenciones escritas, buscamos que un mayor número de lectores encuentre una fuente de inspiración intelectual y humana en la notable producción histórica de este ilustre historiador que ha sido leído por varias generaciones de estudiantes peruanos y latinoamericanos.

Felipe Portocarrero S.

Martín Monsalve Z.

Recuerdos sobre Eric Hobsbawm

Scarlett O'Phelan Godoy

Me acerqué a la obra de Eric Hobsbawm cuando preparaba mi tesis de bachillerato, aunque sus trabajos no habían figurado en la bibliografía de los cursos que llevé como estudiante de la especialidad de Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Pero, siendo el foco central de mi tesis las revueltas sociales que estallaron en el norte del virreinato peruano durante el siglo XVIII, consultar las tempranas publicaciones de Hobsbawm me pareció imprescindible. Así pude leer, antes de conocerlo, *Rebeldes primitivos* y *Bandidos*, que me resultaron bastante estimulantes y despertaron mi interés por poder trabajar bajo su supervisión. Luego de conocerlo, terminaría de leer *The Age of Revolution*, primer tomo de su famosa trilogía, y también leería *Revolutionaries* y *Captain Swing*, escrito este último al alimón con Georges Rudé, libro poco conocido y escasamente citado en nuestro medio. Más adelante vendrían *Ecos de la Marsellesa*, *Naciones y nacionalismos desde 1780* y, uno de mis favoritos, al que siempre regreso, *The Invention of Tradition*. Su producción intelectual fue fecundísima y sus estudios cubrieron varios siglos de historia. Además, vale la pena mencionar que a los 95 años dejó un libro concluido que sería publicado el año 2013. Se calcula que sus libros han sido traducidos a 40 idiomas.

Cuando llegué a Londres, en octubre de 1977, becada por la Fundación Ford para hacer mi doctorado, Hobsbawm estaba de año sabático, pero

igual me recibió en su oficina del Birkbeck College, para conocerme y asignarme lecturas. Años después, y cuando teníamos más confianza, me comentaría que él esperaba ver entrar, debido a mi nombre, a una pelirroja con el rostro cubierto de pecas, y en su lugar apareció por su puerta una «*pure Peruvian*», una auténtica peruana, lo cual, la verdad, me pareció un halago. Por mi parte, me encontré frente a un profesor en plena madurez –60 años–, alto, delgado, desgarbado, con una pipa en la boca y rodeado de libros y papeles desparramados por toda su oficina. Su mirada, detrás de sus gruesas gafas, era tan inteligente como penetrante. Inicialmente Hobsbawm podía parecer una persona fría y distante, pero al tratarlo más de cerca se tornaba en una persona cálida y afable, que inspiraba confianza.

Lo primero que me dijo era que, a su entender, yo ya había leído suficiente sobre el Perú y que ahora me iba a dedicar a leer sobre Europa, Asia y África. Felizmente, me había tocado llevar en la PUCP el curso de Fernando Fuenzalida sobre Campesinado, que nos hacía consultar libros sobre la situación del campesinado en el mundo, así que por ese lado ya tenía cierto entrenamiento. Hobsbawm me puso a leer el *Journal of Peasant Studies*, que debía consultar en la SOAS, School of Oriental and African Studies, y comparar el comportamiento de los campesinos de África y Asia, durante los conatos insurreccionales, con el caso del Perú. También me aconsejó leer *Past and Present* para tener una aproximación a los movimientos sociales ocurridos en Europa, lecturas –estas últimas– que afortunadamente ya había adelantado a sugerencia de Alberto Flores Galindo, quien fue un importante interlocutor en Lima, durante la preparación de mi tesis de bachillerato.

Luego de realizar las lecturas asignadas y de producir un informe, Hobsbawm me comentó que era interesante comprobar que las rebeliones que yo trabajaba no parecían ser motines de subsistencia, como en Europa, sino más bien revueltas antifiscales, como en la India. Además, cuando le señalé que me preocupaba el segundo plano que ocupaban a veces los indios en las sublevaciones que estaba estudiando, frente a la presencia más visible y gravitante de los criollos y mestizos, su comentario fue que probablemente esto se debiera a que los criollos y mestizos eran los revolucionarios de su época, de la era de las insurrecciones anticoloniales y las guerras de

independencia. En otro momento, durante su asesoría, observamos que la intranquilidad social del siglo XVIII se concentraba en los Andes del sur del virreinato del Perú. Incluso, el impacto de la gran rebelión daba la impresión de no haber tenido mayor eco en la región norte del territorio peruano. Como yo pasé por alto este hecho, me llamó la atención y me dijo que un buen historiador siempre se pregunta no solo por lo evidente sino también por lo no evidente. Me citó entonces una de las novelas en las que aparece el famoso detective de ficción Sherlock Holmes, *The Hound of the Baskervilles*, y me enfatizó que, como en dicha obra, habría también que preguntarse por qué no ladraron los perros. Es decir, había que tomar en consideración los silencios en la historia e indagar las causas de los mismos.

Otro tema que Hobsbawm tocó en la primera entrevista fue el de los idiomas. Me preguntó de entrada cuántos idiomas hablaba, y yo me quedé desconcertada. Le dije que, aparte del inglés, podía leer el portugués (que había tenido que utilizar en el curso de Jürgen Riester, Antropología del Bosque Tropical) y, no sin esfuerzo, leía algo de italiano. Aunque la pregunta me incomodó, luego descubrí que ser políglota para Hobsbawm era natural, porque en las tutorías que tuve con él durante los casi cinco años que asesoró mi tesis, lo escuché hablar por teléfono en francés, en italiano; conmigo a veces hablaba en español; su lengua materna era el alemán; y su lengua adoptiva, el inglés, que hablaba y escribía a la perfección. Su estilo literario en inglés siempre ha sido ponderado.

En una de nuestras entrevistas iniciales, Hobsbawm me hizo saber la curiosidad que le despertaba el gobierno revolucionario de Juan Velasco Alvarado. Aunque yo llegué a Londres en 1977, dos años después de que se produjera el «Tacnazo» encabezado por Morales Bermúdez, que dio marcha atrás en muchas medidas adoptadas durante la primera fase del gobierno militar, para Hobsbawm –como para otros científicos sociales británicos– se trataba de un gobierno progresista, a diferencia de los otros golpes militares ocurridos en América Latina. Ello lo hacía sui géneris. En particular, la reforma agraria y la nacionalización de empresas extranjeras habían capturado su atención. Cuando años más tarde, en 2008, regresé a Londres de paso a Cambridge donde me habían nombrado «Simon Bolivar Professor», Hobsbawm me expresó su desazón de que las elecciones del

Perú en 2006 no hubieran favorecido a Ollanta Humala, ya que el Partido Nacionalista también le creaba interesantes expectativas políticas. Lo cierto es que con Hobsbawm siempre se comenzaba hablando de historia, pero se terminaba hablando de política. Era un tema que le fascinaba y del cual solía estar muy bien informado.

En la segunda entrevista que tuve con Hobsbawm, no bien llegada a Londres, recuerdo que me pasó una separata de su artículo «Land Occupation» publicado por *Past and Present* en 1974, que era sobre el caso del valle de La Convención, en el Cusco. Pero, con la perspectiva comparativa que tan diestramente y con tanta naturalidad manejaba, Hobsbawm analiza en este escrito el caso peruano contrastándolo con el de Paquiló en Colombia, y con otros casos similares en México, Chile y Bolivia. Creo que su afán por comparar, por trascender lo puramente local o nacional, me lo llegó a transmitir para mi propio beneficio y el de mis alumnos. En el año 1989, en que viajé a Inglaterra invitada por el Consejo Británico, lo volví a ver en una cena en su casa que compartimos con Leslie Bethell, el director de la *Cambridge History of Latin America*. Allí le pregunté a Hobsbawm cuándo pensaba regresar al Perú, y me contestó que no tenía sentido ir al Perú si, por problemas de salud, ya no podría subir a los Andes. Debió de tenerle un gran afecto al Perú y su cordillera, pues él y Marlene, su esposa, llamaron a su gata Ticlia, el femenino de Ticlio, paraje cuya altura debió impresionarlos.

Aunque Hobsbawm no mantenía una relación cercana con John Lynch, en un gesto propio del profesionalismo británico, me animó a asistir al seminario que funcionaba en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Me dijo que en ese momento participaban del mismo los historiadores argentinos Enrique Tandeter e Hilda Sabato, y que sería bueno que entrara en contacto con ellos. El otro seminario al que tuve que asistir fue el que dirigía personalmente Hobsbawm en Senate House, sobre el tema de la revolución industrial, y en el cual sus preguntas incisivas eran tan temidas como esperadas. Luego de terminado el seminario, alrededor de las 7 p. m., se acostumbraba a ir en grupo a un *pub* cercano, del cual Hobsbawm era habitual, que quedaba en una esquina de Malet Street y que no sé si sigue funcionando. Allí –entre cerveza, *sherry*

y vino– comentábamos sobre el trabajo que se había presentado en el seminario, y también se hablaba sobre política internacional.

Hubo una serie de ponentes que visitaron el seminario de Hobsbawm durante mi estadía en Londres, pero recuerdo particularmente a dos de ellos. A Dorothy Thompson, la esposa de E. P. Thompson, quien realizó una brillante exposición sobre el cartismo, tema sobre el cual publicaría un par de libros. El otro era Raphael Samuel, un historiador que trabajaba sobre los mineros como parte del movimiento obrero inglés, y que era cofundador de *Past and Present* y del *History Workshop*. En un par de ocasiones, Hobsbawm me animó a publicar en *Past and Present*, del cual él era vicepresidente, pero no logró persuadirme a pesar de argumentar que ya era hora de que dejara de escribir en «*obscure journals*», o sea en revistas poco conocidas, y enviara artículos a revistas más relevantes y de mayor difusión, como *Past and Present*. Eric Hobsbawm y Raphael Samuel tenían varios puntos en común. Ambos eran judíos, ambos eran historiadores marxistas y ambos estaban involucrados en el consejo directivo de *Past and Present*. No obstante, debo señalar que en una ocasión Hobsbawm me dijo que no era determinante ser un historiador marxista, lo importante era trabajar bien, ser un buen historiador.

Pero Hobsbawm tampoco era un judío ortodoxo, ni siquiera creo que fuera un judío practicante. En noviembre de 1980, me invitaron al Perú como ponente al congreso que se llevó a cabo para conmemorar el bicentenario de la rebelión de Túpac Amaru II. Hobsbawm estaba tan entusiasmado como yo con este evento, porque consideraba que podría presentar los avances de mi investigación para la tesis de doctorado. Convinimos en que solo el capítulo V, dedicado a la gran rebelión, sería utilizado para las presentaciones, los otros cuatro capítulos debían permanecer inéditos. A mi regreso a Londres, Hobsbawm quiso tener noticias del viaje y me preguntó dónde pasaría las Navidades. Le dije que sería en Londres, y entonces nos invitó a mi esposo y a mí a pasar el 26 de diciembre –Boxing Day– en su casa. Allí tuve oportunidad de conocer a Marlene, su esposa, una talentosa profesora de música; y a sus hijos Julia y Andrew, quienes en ese entonces eran adolescentes. Como anfitriones, Hobsbawm y Marlene eran personas cálidas y afables. Sin duda, mi esposo y yo éramos los invitados más

jóvenes y compartimos mesa con amigos de Hobsbawm ligados al Partido Comunista, como Tamara Deutscher, importante editora y viuda de Isaac Deutscher, el escritor marxista judío polaco que publicó tres tomos sobre Leon Trotsky; y también departimos con A. J. P. Taylor, especialista en la Primera Guerra Mundial y en los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, entre otros trabajos. Hobsbawm era generoso. Ese día, por ejemplo, me presentó diciendo que yo acababa de regresar del Perú, donde había participado en un congreso internacional; aunque me imagino que a los asistentes al ágape esto les debió parecer modestísimo, todos fueron muy amables. Mi esposo y yo guardamos un recuerdo muy especial del Boxing Day que compartimos con Hobsbawm y su familia, y que sería punto de partida de una serie de invitaciones posteriores a su casa, cuando en el futuro pasamos por Londres. Más adelante, Julia, su hija, se convertiría en una importante periodista de la BBC, conocida por la calidad de sus documentales; y Andrew se decantaría por la música, quizás emulando la pasión secreta de su padre: el jazz.

Mis compañeros del posgrado comentaban que Hobsbawm tenía fama de ser estrictísimo y muy exigente con los alumnos del pregrado, mientras que era bastante más tolerante y flexible con sus alumnos de posgrado. Debo admitir que en mi caso siempre fue comprensivo y condescendiente, quizás por tratarse de una alumna de doctorado. Aunque al comienzo me midió y observó cómo me desenvolvía, luego de regresar de mi estancia de investigación en España y con materiales contundentes, sentí que comenzó a tomarme más en serio y, según me dijo luego, entonces supo que terminaría mi tesis y me graduaría. Y, en este sentido, debo reconocer que me apoyó incondicionalmente para que realizara un viaje de investigación al Archivo General de Indias y otro al Archivo Histórico Nacional de Madrid y la Real Academia de la Historia. Aunque, a decir de su secretaria, «*he was terrible with papers*», es decir, era terrible con los papeleos; a pesar de ello, me preparó sendas cartas de presentación. No obstante, cuando al tercer año le dije que me interesaba volver al Archivo de Indias, se puso serio y me preguntó si yo creía que los documentos que pudiera encontrar cambiarían diametralmente el enfoque y los capítulos de mi tesis; le dije que no, que las tres coyunturas rebeldes ya estaban definidas. Entonces

me «sugirió» (como sugieren los ingleses, que es en realidad una orden) no hacer el viaje y solo volver a Sevilla al final de la redacción de la tesis, para llenar posibles vacíos que hubiera identificado. Y debo agregar que el saber construir un argumento y plantearlo debidamente, y el polemizar con otros autores, fue algo que Hobsbawm me inculcó y alentó; por eso creo que el capítulo III de mi tesis, dedicado a los alcances del reparto de mercancías del corregidor, le resultó –como me confesó en su momento– particularmente provocativo.

De algunas anécdotas sobre el día de la sustentación de mi tesis doctoral, en febrero de 1982, me he enterado posteriormente. Mientras iba en el metro a la «*viva*» o defensa de la tesis, me vino una horrible neuralgia en el cuello y los brazos; mi esposo intuyó que eran los nervios y me llevó a un *pub*, cerca del *college*, a tomar un *gin and tonic* doble. Nunca he hablado con tanta fluidez el inglés como después de este aperitivo; me imagino que hasta Hobsbawm debió de sorprenderse de oírme hablar con tanta soltura. Hace solo unos años, en 2008, David Brading, quien fuera mi jurado externo, me reveló que el día de mi grado Hobsbawm lo abordó y le dijo que esperaba que no hubiera ningún problema con mi tesis. Y Brading, entre risas, me comentó: «¿Y qué le podía decir yo al gran Eric Hobsbawm?». Cuando entré a la sustentación, el jurado me indicó que la tesis estaba aprobada, y luego vinieron las interminables preguntas, que duraron más de dos horas, hasta que finalmente me dieron la conformidad.

La última vez que estuve con Hobsbawm fue en octubre de 2008; él y Marlene nos invitaron a cenar a mi esposo y a mí a su casa junto con el periodista Richard Gott, corresponsal del *Latin American Newsletter*. Querían celebrar mi nombramiento como «Simon Bolivar Professor» de la Universidad de Cambridge, *alma mater* de Eric Hobsbawm, quien estudió y se doctoró en el prestigioso King's College. Fue en esta oportunidad que Hobsbawm nos confesó que tenía leucemia y Marlene nos pidió que cuando pasáramos por Londres no dejáramos de avisarle para ir al teatro o a alguna exposición de arte los cuatro juntos. Hobsbawm estuvo en este último encuentro absolutamente lúcido, y, como siempre ocurría en su casa, en la mesa y sobremesa se habló una vez más de política. En esta oportunidad, el tema central fue la crisis económica europea y una entrevista que le había

pedido *Le Monde*. Y es que Hobsbawm siempre estaba actualizado porque leía con avidez los periódicos de calidad. Me contaron que incluso en el hospital donde lo internaron en septiembre de 2012, reclamaba que no le faltaran ni los periódicos ni las revistas políticas. Fallecería el 1 de octubre de dicho año, a los 95 años de edad.

La última comunicación escrita que mantuve con él fue en diciembre de 2011, cuando nos envió, a mi esposo y a mí, un afectuoso saludo de Navidad donde firmaba, «*From a very old Hobsbawm and a still energetic Marlene*»; es decir, «De un muy mayor Hobsbawm y una todavía enérgica Marlene». Su esposa era alrededor de veinte años menor que él. Gracias a que sigo comunicándome con Marlene, sé que luego de la partida de Hobsbawm ella se mudó a un *flat* en Belsize Park, cerca de la casa que compartieron por años en Nassington Road, Hampstead, a corta distancia del cementerio de Highgate, donde Hobsbawm fue enterrado, muy próximo a la tumba de Karl Marx. Para Marlene, abandonar la casa familiar fue, de acuerdo a sus propias palabras, «el fin de una era». Los papeles de Hobsbawm han sido enviados a la Universidad de Warwick, donde se han depositado en el Modern History Centre. En la última tarjeta que nos envió, en la Navidad de 2016, Marlene nos dice que probablemente Eric no habría estado tan sorprendido con el triunfo de Trump, debido al desgaste en la política norteamericana.

Agradezco la oportunidad que me ha dado la Universidad del Pacífico de poder participar en este homenaje a Eric Hobsbawm, a quien tuve la suerte de conocer no solo como historiador y profesor, sino también como la persona irrepetible que fue, por su gran calidad humana. Para mí fue un maestro talentoso que también supo ser amigo y siempre estuvo presente y muy pendiente de mi desarrollo profesional. Está de más decir que guardo de él el mejor de los recuerdos. Me siento particularmente privilegiada de haber podido contar con sus enseñanzas, su consejo y su ejemplo.

Eric Hobsbawm, América Latina y el Perú

Felipe Portocarrero Suárez

En el capítulo 21, «El Tercer Mundo», de su libro *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (Buenos Aires, 2003), Eric Hobsbawm hace una serie de revelaciones que ponen de manifiesto el singular vínculo de cercanía afectiva e interés intelectual que tuvo hacia América Latina desde 1962, año en el que una beca de la Fundación Rockefeller le permitió –con un lujo «impropio» de su condición de historiador, como él mismo señalaría– hacer una visita de tres meses a la región, que se extendió hasta 1963. El propósito académico era explorar formas «arcaicas» de protestas sociales, tema que había sido abordado en su libro *Primitive Rebels* (*Rebeldes primitivos*) (1959) y que había publicado poco tiempo antes. La visita tuvo un itinerario que lo llevó a Brasil, Argentina, Chile, Perú, Bolivia y Colombia, el primero de numerosos viajes que haría de ahí en adelante y que le permitirían conocer, con excepción de Venezuela y las Guayanas, casi todos los países latinoamericanos y establecer así una relación de más de 40 años con una región que, según sus propias palabras, «había sido curiosamente buena conmigo», a pesar de ser «la región más explosiva del mundo» (Hobsbawm, 2003, p. 331).

Fruto de ese afecto recíproco, antes de morir, a los 95 años de edad en 2012, dejó instrucciones para que sus artículos y ensayos sobre América Latina fueran reunidos y publicados en un solo volumen. Leslie Bethell,

amigo de Hobsbawm por más de 50 años y destacado especialista en Brasil de la Universidad de Oxford, fue elegido por sus albaceas literarios para que se hiciera cargo de esta iniciativa que ha visto la luz bajo el título de *Viva la Revolución. On Latin America* (Londres, 2016), texto que reúne 31 de esos ensayos y artículos escritos a lo largo de más de cuatro décadas sobre una región en la cual, aparte de Europa, se sentía plenamente como en su propia casa.

Los numerosos amigos y discípulos que cosechó durante sus reiterados viajes seguramente hicieron anidar en el ilustre historiador esta inclinación intelectual y sentimental que se volvió permanente a lo largo de todo el resto de su vida. Como él mismo lo recuerda con su característica ironía, América Latina era «la única parte del mundo en la que no me ha extrañado conocer presidentes pasados, presentes y futuros» (Hobsbawm, 2003, p. 332). Incidentalmente, un hermano de su padre se trasladó a vivir a Chile con su familia, pero nunca ninguno de sus miembros se casó con alguien de la población local, pues se mantuvieron o siguieron considerándose como británicos expatriados o como europeos refugiados.

Desde luego, el «hechizo latinoamericano», que todo intelectual europeo o norteamericano de la época sentía y que sin mayor dificultad los convertía en expertos en la región, se encontraba asociado al triunfo de la Revolución cubana de 1959, al encumbramiento de Fidel Castro como su máximo líder y al fracasado intento de derrocarlo, dos años más tarde, con la invasión de bahía de Cochinos. Pero, en su caso, el primer motivo de su interés fue práctico y, más específicamente, lingüístico, pues pensaba que el español se encontraba entre las lenguas que le resultarían fáciles de aprender. Su motivación más de fondo, sin embargo, se encontraba estimulada por su insaciable vocación de historiador, por su incontenible afán de conocer y poder comunicarse con ese enorme contingente humano que vivía fuera de la zona habitada por la gente blanca y que constituía cerca del 80 por ciento de la humanidad hasta el último tercio del siglo XIX. Solo a partir de la década de 1970, para decirlo con los términos que se utilizaban durante la Guerra Fría, este Tercer Mundo fue capaz de trasladarse como mano de obra dispuesta a mejorar su situación socioeconómica, o sus miembros fueron forzados, como refugiados y/o desplazados, a conocer el Primer Mundo.

En esa época, que atraviesa los primeros 40 años de su vida, era muy difícil encontrar en los países caucásicos, a excepción de los afroamericanos en los Estados Unidos, una población que no tuviera piel blanca. E, inversamente, eran muy pocos los blancos que vivieran en ultramar y que tuvieran relaciones con gente de distinto origen étnico. En un mundo maniqueamente dividido entre cristianos y comunistas, estos últimos eran los que mejor advertían el «antiimperialismo práctico» y el «potencial revolucionario» de esta enorme parte de la población no blanca. Al haber estado desde muy joven entre quienes en el Partido Comunista inglés se interesaban por «las colonias», en realidad la ventana a través de la que se asomó a estas realidades distintas y alejadas a la suya fueron el norte de África, primero, hacia finales de la década de 1930 y América Latina a inicios de los años sesenta. En otras palabras, la «camaradería antirracista del comunismo», que criticaba acremente el sentido de superioridad racial de los blancos de los países occidentales confortablemente instalados en sus éxitos materiales, fue uno de los estímulos que más incidió sobre su inclinación hacia América Latina. Un área del mundo en la cual las emigraciones de su población antes de la década de 1960 eran tan escasas que el censo de los Estados Unidos no se daba siquiera el trabajo de discernir cuáles eran los países de origen de estos migrantes a quienes consideraban globalmente como latinoamericanos.

Aun cuando la región se encontraba más lejos que cualquier otra del Viejo Mundo, su cercanía geográfica con los Estados Unidos convertía a los países que la conformaban en una zona claramente dependiente de su poder imperial, es decir, prácticamente en semicolonias. Las dos guerras mundiales les trajeron una cierta prosperidad económica y pocos conflictos internacionales. La Cepal, con Raúl Prebisch a la cabeza, fomentaba en esos años una política de sustitución de importaciones, esto es, una industrialización planificada y promovida por el Estado. Para Hobsbawm, este sistema parecía que estaba funcionando, pese a la inflación que estaba ocurriendo en la gigantesca economía brasileña a la que su presidente, Juscelino Kubitschek, intentaba redefinir creando una nueva capital diseñada por el reconocido arquitecto comunista Oscar Niemeyer. Más aún, el panorama que nuestro historiador tenía ante sus ojos era el de una región

que, a excepción de la dictadura militar de Paraguay con Stroessner, estaba gozando de gobiernos civiles constitucionales, primavera democrática que pronto llegaría a un convulso final que daría origen al surgimiento de feroces dictaduras militares.

Si nos atenemos a su propio testimonio, todo indica que el atractivo que la región despertaba en Hobsbawm se vio incrementado por el primer contacto que tuvo con los brasileños en la ciudad de Recife. Además del atraso económico, de las abismales desigualdades que mostraba su sociedad y del enorme crecimiento demográfico y urbano que estaban experimentando sus ciudades, lo que más llamó su atención fue la gigantesca brecha que existía entre las clases dirigentes e intelectuales –con las que usualmente se contactaban los académicos extranjeros–, y los sectores populares o el «pueblo llano», como él lo llamaba. Los intelectuales, tanto en su vertiente política como académica, lo impresionaron mucho porque provenían usualmente de hogares de clase media alta o simplemente alta, eran muy sofisticados en sus gustos, se conocían entre todos, poseían un buen manejo del inglés y del francés y, por eso mismo, eran altamente cosmopolitas y se encontraban muy familiarizados con París, Nueva York y las más importantes capitales sudamericanas. Estos intelectuales, numéricamente reducidos, vivían en un mundo separado y distinto del que tenían sus compatriotas de otro origen étnico, cuyas vidas discurrían en espacios que iban consiguiendo en las grandes urbes, reducidos a las laderas de los cerros donde construían sus precarias viviendas o apiñados en mercados callejeros, no muy lejos de los gigantescos rascacielos construidos en el mismo escenario urbano. Estas realidades que tanto lo impresionaron no lograron impedir que encontrara el tiempo suficiente para escribir un artículo sobre los últimos desarrollos del bossa nova en el *New Statesman*, afición por la música que lo llevaría a ser un conocedor ilustrado también del jazz.

Estos contrastes encontraron en el Perú nuevas resonancias afectivas e intelectuales para nuestro historiador cuando descubrió que, en Lima, desde muy tempranas horas de la mañana, había algunas radios que transmitían su programación en quechua a ese numeroso grupo de migrantes andinos que se había ido instalando en las barriadas limeñas. Refiere Hobsbawm que alguna vez visitó lo que probablemente era un lugar de reunión de

estos migrantes andinos y que ahí conoció a un huanuqueño, padre de quien, tres décadas después, se convertiría en uno de sus asesorados de tesis en la New School de Nueva York. Otro fue el caso de un muchacho pobre casado con una mujer analfabeta de origen andino, que se convirtió en chofer de una ambulancia y abrió un horizonte de oportunidades distintas para sus hijos. La constatación de esta movilidad social ascendente lo dejó profundamente conmovido: «Todavía guardo la extensa carta que me envió, escrita con la cuidada caligrafía y la atenta ortografía castellana del autodidacta» (Hobsbawm, 2003, p. 338).

Para los extranjeros como él, los intelectuales de izquierda eran, además de la prensa internacional, la fuente de información más a la mano para conocer las condiciones de vida de las poblaciones rurales. Mucha información espuria, no obstante, circulaba en ambos círculos, y se creaban «cuentos» de movimientos campesinos que poco tenían de verdaderos. Desde su perspectiva, los únicos levantamientos campesinos o rurales verdaderos en América del Sur durante esos años que habían sido ignorados o poco conocidos, estaban ocurriendo en el Cusco y en la anarquía total en la que habían caído amplios territorios rurales en Colombia como resultado de una prolongada protesta social frente al asesinato del popular y carismático líder político Jorge Gaitán en 1948, episodio que dio origen al famoso «Bogotazo». Como ha subrayado agudamente Bethell, esta fascinación por los movimientos campesinos hizo que Hobsbawm escribiera sorprendentemente muy poco sobre los trabajadores urbanos de América Latina.

En relación con el primer caso, Hobsbawm escribió:

> «El gran movimiento de ocupación de tierras por los campesinos alcanzó su punto culminante en Cusco, donde hasta los turistas que no leían los periódicos locales podían observar, mientras paseaban entre las piedras incas en el frío y sutil aire de la noche en la montaña, las infinitas colas de indios silenciosos situadas a la entrada de las oficinas de la Federación Campesina. El caso más llamativo de triunfo de una rebelión campesina en aquella época, la que tuvo lugar en los valles de La Convención, se produjo no lejos de la maravilla que es Machu Picchu, conocida por todos los turistas de Sudamérica incluso entonces. A solo unos kilómetros de viaje en tren del

> gran yacimiento inca, al final de la línea férrea, y tras unas pocas horas más en la parte trasera de un camión, se llegaba a la capital de provincia, Quillabamba» (Hobsbawm, 2003, p. 339).

Estas imágenes se tradujeron para los ojos del historiador en un estimulante laboratorio desde el cual observar el curso que adoptaba la historia social de un país remoto y fascinante que discurría frente a él. Por eso mismo, no puede extrañar que agregara a lo dicho: «Yo escribí uno de los primeros informes sobre el caso publicado fuera del país» (Hobsbawm, 2003, p. 339).

Su «conversión total», sin embargo, según sus enigmáticos propios términos, ocurriría al observar un par de semanas más tarde un mar de «campesinas aimaras, acurrucadas en los enormes mercados callejeros de Bolivia, con sus pesadas trenzas y sus bombines a la cabeza» (Hobsbawm, 2003, p. 339). Como no fue capaz de trasladarse a Potosí, no tuvo otra alternativa que pasar la Navidad en el bar de un hotel en La Paz en compañía de un funcionario francés de la ONU. Luego diría: «Fueron unas Navidades muy provechosas desde el punto de vista intelectual y alcohólico, aunque por lo demás bastante carentes de espíritu navideño» (Hobsbawm, 2003, p. 339).

Reconstruido gracias a «los amarillentos recortes de periódico que recogí en aquella época» (Hobsbawm, 2003, p. 340) y sus conversaciones con el sociólogo Orlando Fals Borda, su segundo gran descubrimiento en América Latina fue Colombia y la experiencia que vivió desde que pasó el Año Nuevo de 1963 en Bogotá. Lo que más le sorprendía de este país fue lo poco conocido que era más allá de la propia región, no obstante que en teoría funcionaba como una democracia constitucional bipartidista, que había sobrevivido libre de golpes y dictaduras militares. No obstante, al mismo tiempo, se trataba de una sociedad sacudida por «la Violencia» iniciada en 1948 y que contaba con una espeluznante tasa de homicidios que la habían convertido en un «campo de muerte» en el que se enfrentaban las fuerzas guerrilleras de las FARC con las fuerzas armadas, donde el término genocidio, utilizado con frecuencia por los periodistas locales, terminó convirtiéndose en una palabra dolorosamente

familiar para Hobsbawm. Coherente con su filiación comunista de «viejo izquierdista» –como se definió a sí mismo en una excelente entrevista que le hizo Aldo Panfichi en 1992–, afirmaba en esos años: «Colombia era y continúa siendo la prueba de que la reforma gradual del marco de la democracia liberal no es la única alternativa, ni siquiera la más plausible, a las revoluciones sociales y políticas, incluso a aquellas que fracasan o son abortadas. Descubrí un país en el que la evitación de una revolución social había hecho de la violencia el meollo constante, universal y omnipresente de la vida pública» (Hobsbawm, 2003, p. 340).

De una manera progresiva, casi sin buscarlo, a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, Hobsbawm terminó convirtiéndose en un especialista que dictaba conferencias y escribía artículos sobre el movimiento campesino peruano y «la Violencia» colombiana en diversas publicaciones como el *New York Review of Books* o en la primera edición castellana de su libro *Rebeldes primitivos* (1971). Como ha subrayado Bethell, América Latina en las décadas de 1960 y 1970 se enfrentaba para Hobsbawm no a la clásica disyuntiva entre el cambio social gradual y la revolución, sino entre el estancamiento y la parálisis más total, de un lado, y el caos más absoluto, del otro.

En este proceso de acercamiento a la realidad latinoamericana, 1971 fue un año clave pues lo aprovechó para vivir entre México y el Perú, y dedicarse a profundizar sus investigaciones sobre los temas que lo seguían apasionando. De ahí en adelante, a lo largo de las décadas siguientes, siguió visitando sobre todo el Perú, México, Colombia y, en menor medida, Chile antes y durante el mandato de Allende y una vez que concluyó la etapa de Pinochet. Estos viajes dieron origen a la multiplicación de sus amistades en diversos países (Pablo Macera en el Perú; Carlos Fuentes en México; entre otros) y a su conocimiento de innumerables colegas y estudiantes, muchos de los cuales se convirtieron en amigos permanentes. Cuando uno lee sus recuerdos, es claro que América Latina se transformó en una región entrañable en términos afectivos, pero también en una estimulante fuente de aprendizajes y revelaciones, un verdadero «laboratorio del cambio histórico» que transformó su «perspectiva de la historia del resto del planeta», que lo hizo apreciar y valorar esa delgada línea que separa el realismo de

lo inusitado, imposible o mágico, y que le abrió un campo inédito para la historia comparada. En sus propias palabras, «me convertí en un admirador de Latinoamérica» (Hobsbawm, 2003, p. 343).

Cuatro décadas después, cuando escribía esta suerte de memorias en las que me he basado, su curiosidad intelectual y su adhesión ideológica a una posición de izquierda se mantenían intactas, como lo demuestra la siguiente cita: «¿Qué ha sido de Latinoamérica en los cuarenta años transcurridos más o menos desde que aterricé por primera vez en sus aeródromos? La revolución esperada y en muchos países necesaria no se ha producido, estrangulada por los ejércitos nacionales y Estados Unidos, pero también por las debilidades internas, las divisiones y la incapacidad de muchos. Ninguno de los experimentos políticos que he observado de cerca o de lejos desde que tuvo lugar la revolución cubana ha supuesto una diferencia muy duradera» (Hobsbawm, 2003, p. 340).

Con decepcionado tono constataba que, en la escena económica mundial, América Latina había desempeñado un papel menor, secundario, sin ninguna importancia sustantiva. Desde un punto de vista político, pese a su inestabilidad, la demagogia de sus gobernantes y sus transformaciones transitorias interpretadas por algunos como tendencias seculares, toda la región se había mantenido dependiente de los Estados Unidos y muy cercana a su influencia en todo orden de cosas. Pese a esta visión pesimista, para Hobsbawm las sociedades latinoamericanas habían experimentado una transformación completa desde que las conoció por primera vez: las masivas migraciones del campo a la ciudad y los cambios en los estilos de vida, por solo mencionar dos grandes procesos históricos. Sin duda, la desigualdad se había acentuado al punto que un país como Brasil era utilizado con frecuencia como uno de los ejemplos más emblemáticos de las brechas económicas y sociales existentes entre ricos y pobres. Para Hobsbawm, sin embargo, durante el tiempo transcurrido entre su primer contacto y la observación que realizaba cuando ya sobrepasaba los 80 años de edad, había ocurrido una mejoría incluso entre esas poblaciones más olvidadas. Algunos podrían añadir que América Latina se había vuelto más impredecible e insegura, pero para él ese avance no podía negarse.

Me gustaría terminar este breve recuento citando en extenso una anécdota que relata el mismo Hobsbawm en la sección final de este capítulo de sus memorias dedicado a América Latina, cuando hace referencia al *Canto general* de Pablo Neruda y, más específicamente, a la parte final de la sección llamada «Alturas de Machu Picchu», la que, según sus propias palabras,

> «termina con una invocación a los constructores anónimos de aquella ciudad inca muerta, rodeada de verde, por cuya boca muerta desea hablar el autor: Juan Cortapiedras, hijo de Wirakocha / Juan Comefrío, hijo de estrella verde / Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa.
> Si usted desea entender Sudamérica –me dijeron antes de salir de Gran Bretaña– debe ir usted a Machu Picchu y leer el poema allí. [...] Yo leí su poema [se refiere a Neruda] en Machu Picchu en 1962, en lo alto de una de sus abruptas colinas, mientras se ponía el sol, en una edición rústica argentina comprada en una librería chilena. No sé si me ayudó a entender Sudamérica como historiador, pero sé lo que quería decir el poeta y conozco a los hombres y mujeres morenos, silenciosos, de ancho pecho y siempre mascando coca en los que pensaba, esos hombres que se ganaron a duras penas la vida en el aire sutilísimo del altiplano andino, donde es más difícil ser una persona que en cualquier otro sitio desde el Ártico hasta el Antártico. Cuando pienso en Latinoamérica ésas son las personas que vienen a mi mente. No solo el poeta, sino también el historiador debe rendirles el tributo que merecen» (Hobsbawm, 2003, p. 349).

Referencia

Hobsbawm, E. J. (2003). *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Buenos Aires: Editorial Crítica.

Hobsbawm: un militante de la Historia

Luis Torrejón Muñoz

Leer la biografía de Eric Hobsbawm es aproximarnos a la vida de un historiador y de un militante del Partido Comunista de Gran Bretaña (Communist Party of Great Britain). Las indagaciones, exploraciones y reflexiones que la vida académica demanda formaban parte de su vida política, así como su compromiso público era una fuente permanente de interrogantes para su trabajo intelectual.

Esta constatación sobre la vida de Hobsbawm no hace otra cosa que hablarnos de una dinámica creativa –y seguramente conflictiva– entre las exigencias de la vida colectiva, que requiere de constantes respuestas políticas, y la construcción de campos problemáticos que ayuden a la comprensión del pasado que se investiga.

La experiencia y aprendizaje de esta dialéctica ocupó gran parte de la larga vida de Hobsbawm, que se prolongó durante nueve décadas y media, por lo menos desde 1932, cuando se adhirió con solo 15 años al Partido Comunista –aunque algunos señalan que tal inscripción se dio recién a los 23 años–. Como quiera que sea, este hecho marcó el brote de una fuente de vitalidad que explica, en parte importante, su gran fertilidad académica y la intensidad del compromiso político que acompañó toda su existencia.

Quisiera entonces, desde esta doble perspectiva hobsbawmiana –permítanme el neologismo–, la del historiador y la del militante, abordar una

parte de su producción intelectual, la ubicada a lo largo de un decenio convulso que va de 1959 a 1969, y en la que se encuentran sus primeras publicaciones historiográficas. Estos trabajos son: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX* (1959), *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera* (1964), *Revolución industrial y revuelta agraria*. *El Capitán Swing* (en coautoría con George Rude) y *Bandidos*, estos dos últimos publicados en 1969.

Este conjunto de trabajos está dedicado a estudiar a aquellos hombres y mujeres que tuvieron que lidiar contra las profundas injusticias y desilusiones que su mundo les producía, y que podemos agrupar en dos. Por un lado, aquellos que se encuentran atrapados en una sociedad que los dota de tradiciones, conductas y concepciones que en algún momento de sus vidas dejan, todas ellas, de tener vigencia, de brindarles sentido, por lo que estos individuos terminan al margen de la ley y siguiendo el único camino posible: la violencia. Y, por otro lado, están aquellos decepcionados que no se resignan y logran asirse a alguna utopía que les ofrezca un sendero transformador de su violencia. La pregunta que precede estos trabajos y resume el esfuerzo de estas indagaciones es clara e inevitable: ¿por qué se rebelan los seres humanos?

Para el caso de *Rebeldes primitivos*, el propio Hobsbawm nos explica el objeto de su investigación en una entrevista de 1976. En ella nos dice:

> Rebeldes primitivos surgió del Vigésimo Congreso de PC de la URSS en el '56 y la destalinización. Queda claro que en la época en que escribí *Rebeldes primitivos* estaba tratando de repensar las bases de la actividad revolucionaria, en vez de aceptar acríticamente lo que muchos militantes comunistas habían aceptado en el pasado. Uno puede leer *Rebeldes primitivos* como un intento por ver si teníamos razón en creer en un partido fuertemente organizado. La respuesta es sí. ¿Teníamos razón en creer que había un solo camino, una vía que llevaba hacia delante y todo lo otro podía ser dejado de lado? La respuesta es no. Había todo tipo de otras cosas que estaban ocurriendo y que nosotros deberíamos haber notado. Estos son los temas de los cuales surgió *Rebeldes primitivos*. (Thane & Lunbeck, 1976, en Pozzi, 2007)

En efecto, este texto nace de los cuestionamientos que genera Nikita Jruschov con su *Discurso secreto* ante el XX Congreso del Partido, con el que realizó una severa crítica al stalinismo y a su liderazgo en la construcción del comunismo en la URSS. Paralelamente, la descolonización de la posguerra y, sobre todo, la intervención soviética en Hungría a finales de 1956, terminaron por acrecentar las ya muchas críticas al socialismo y los PC, e incluso llevaron a que muchos intelectuales abandonaran la militancia de izquierda.

A la luz de lo dicho, *Rebeldes primitivos* fue una indagación sobre las posibles alternativas para la acción revolucionaria. El bandolero social, la mafia, los milenaristas –primitivos, anarquistas o socialistas–, la turba urbana premoderna o las sectas de trabajadores, constituyen organizaciones y conductas prepolíticas de un largo camino de aprendizaje hacia el proyecto político y el Partido, que era necesario revisar.

En 1964 se publica *Trabajadores*, una recopilación de diversos ensayos escritos entre 1949 y 1963. En ellos Hobsbawm señala su intención de trascender la historia narrativa, cronológica e institucional para profundizar en las condiciones materiales y sociales del mundo laboral de finales del XVIII hasta la Gran Guerra. Este enfoque lo lleva a estudiar la experiencia sindical a lo largo del XIX, el metodismo y su rol frente al movimiento revolucionario, el desarrollo de los artesanos ambulantes, la aristocracia obrera y su papel en el movimiento laboral, los destructores de máquinas y la génesis de la protesta obrera.

La particularidad de *Trabajadores* reside en que se ingresa al estudio del mundo laboral a través de la dimensión sociocultural y se busca establecer su potencial para edificar un proyecto político colectivo. La pregunta continúa siendo la misma: ¿por qué se rebelan los seres humanos?, toda vez que la acción violenta de una turba urbana, la rebelión campesina, el enfrentamiento de bandoleros a policías y propietarios, la asonada fruto de una crisis de subsistencias, sin un partido que los dote de organización y proyecto político, terminan siendo inconducentes.

En 1968, Hobsbawm, en colaboración con Rude, finaliza la redacción de *Revolución industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing*, que se publica un año después. El momento no podía ser más propicio. En enero de ese

año se había iniciado la Primavera de Praga y, cuatro meses después, el Mayo Francés. Ambos movimientos eran la expresión de un gran descontento popular, pero ninguno condujo a la revolución. Los ejércitos del Pacto de Varsovia acabaron con los intentos de reforma en Checoslovaquia, en tanto que la Quinta República gala permitió que las reminiscencias de la Cuarta se hundieran, para luego negociar y agotar a los rebeldes hasta el lento retorno del *statu quo*. Las preguntas sobre la acción revolucionaria seguían vigentes, sin encontrar respuesta.

Revolución industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing estudia las revueltas campesinas en el sur y este de Inglaterra, región cerealera, durante 1830. Los trabajadores rurales marchaban de sus aldeas hacia los condados cercanos, donde incendiaban cosechas y graneros, destruían maquinaria y exigían mejoras en el salario y en la Ley de Pobres. La revolución industrial iniciada alrededor de 1750 había acabado con los hombres adscritos a la tierra y bajo la protección de un señor. La propiedad privada rural se había extendido y la comunal destruido. Los hombres y mujeres del campo vieron cómo desaparecía su mundo y lucharon por el retorno de los derechos consuetudinarios y el orden tradicional que los hacía posibles.

Dentro de los aspectos distintivos de esta revuelta hay dos que quiero destacar. En primer lugar, tuvo una participación masiva y fue efectiva en su objetivo de destruir maquinaria. Esta región de Inglaterra era, previamente a la revuelta, la de mayor nivel de maquinización rural; hecho que no se volvería a repetir hasta finales del XIX. En segundo término, fue una revuelta muy violenta, destruyó gran cantidad de infraestructura productiva y maquinaria, pero no causó ninguna víctima fatal. Sin embargo, la represión del movimiento fue extrema y ocasionó 19 ejecuciones, 481 deportaciones a Australia y 644 condenas a prisión. Esta desproporción no hace más que mostrar lo decisivo del actuar de los trabajadores rurales contra la expansión del capitalismo, así como también su gran limitación.

Los objetivos de la violencia popular recibían cartas amenazantes firmadas por un «Capitán Swing», líder anónimo que no era nadie o era todos. Sus misivas nos revelan que el movimiento no establecía un nexo entre la pobreza rural y la clase propietaria. La dura lección de la derrota

de este movimiento recién se cristalizará en la década de 1870, cuando el sindicalismo agrario comience a desarrollarse en la región.

Finalmente, el mismo 1969 Hobsbawm publica *Bandidos*. El tema es reiterado –constituía un capítulo de *Rebeldes primitivos*, «El bandolero social»– y parecía un tema cerrado. Sin embargo, Hobsbawm lo reabre y le dedica un libro completo que, como prueba de su constante preocupación por este asunto, revisará y complementará para la edición en castellano de 2001. Las razones que, creo, validan este esfuerzo, son dos: primero, porque el fenómeno del bandolerismo es universal y lo encontramos dentro del mundo rural, campesino y pobre en todas las latitudes; segundo, porque la mitología cargada de drama –bastante similar en todas partes, por cierto– a que dieron lugar sus iniciativas redistributivas, así como el apoyo de los clanes familiares o comunidades rurales que le permiten el sustento necesario para vivir al margen de la ley por largos períodos, constituyeron la base de su obstinada existencia. Además, esta tenacidad –o, más precisamente, continuidad– del fenómeno a lo largo de varios siglos hasta el propio siglo XX se sostiene, también, en la persistencia en muchas partes del orbe de Estados débiles que no pueden garantizar un orden basado en la propiedad.

Quisiera terminar señalando un aspecto de estos trabajos que se encuentran a contracorriente de gran parte del sentido común actual. Hobsbawm tiene acuciosas preguntas que el presente le formula y no encuentra mejor manera de buscar respuestas que realizando un interrogatorio a las acciones de aquellos que vivieron entre los siglos XVIII y mediados del XX. ¿Es posible que los actores de hace 100 o 200 años –hoy diríamos 300 años– tengan algo que decirnos sobre el devenir que buscamos? La respuesta es sí.

Referencias

Hobsbawm, E. J. (1979) [1964]. *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. J. (2001) [1959]. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. J. (2011) [1969]. *Bandidos*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. J., & Rude, G. (1978) [1969]. *Revolución industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing*. Barcelona: Crítica.

Löwy, M. (2014). Revueltas campesinas, milenarismo y anarquismo en la obra de Eric Hobsbawm. *Viento Sur*, *133*, abril, 99-110.

Pozzi, P. (2007). Eric Hobsbawm: historia social e historia militante. *Espaço Plural*, *VIII*(16), enero-junio, 9-17.

«Una revolución peculiar», Eric Hobsbawm y el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, 1968-1975

Martín Monsalve Zanatti

El propósito de esta comunicación es tratar sobre un tema específico analizado por Eric Hobsbawm sobre la historia del Perú. Los textos que se han escogido son sus artículos sobre la dictadura de la junta militar dirigida por el general Juan Velasco Alvarado. Hobsbawm sostenía acertadamente que el Gobierno Revolucionario de las Fuerza Armadas, nombre con el cual los militares identificaban al régimen que habían impuesto, puso al Perú nuevamente en el mapa de las ciencias sociales. El Perú era catalogado por los científicos sociales como un clásico caso de imperialismo informal cuya élite era solo la intermediaria entre el capital extranjero y el resto de la sociedad. Por ello, las medidas políticas y económicas implementadas por la Junta Militar sorprenden a los intelectuales, que no saben cómo clasificar al régimen.

Hobsbawm, que desde la segunda mitad de la década de 1960 estaba interesado en los movimientos campesinos en los Andes, escribe entonces tres artículos en los que resume sus opiniones sobre el régimen militar y los cambios que estaba llevando a cabo en sus primeros tres años de gobierno (1968-1971). Estos tres estudios se titulan: «Generals as revolutionaries» (1969), «What's new in Peru» (1970) y «Peru: The peculiar revolution» (1971). Todos publicados en la recopilación que editó Leslie Bethell (2016), *Viva la revolución. Eric Hobsbawm in Latin America*.

Lo interesante de estos textos es que no son análisis históricos sino de coyuntura. En sus escritos Hobsbawm muestra cierta simpatía por el régimen militar, pero también señala sus limitaciones. Pero lo más interesante es que las ideas expuestas por el historiador británico señalan varias rutas de análisis sobre el régimen que luego fueron seguidas por académicos peruanos y extranjeros. Es más, aún se pueden encontrar en estos textos propuestas para renovar los estudios sobre este período tan controversial e importante de la historia del Perú del siglo XX. Una prueba de ello es el reciente libro *The Peculiar Revolution. Rethinking the Peruvian Experiment under Military Rule*, editado por Carlos Aguirre y Paulo Drinot (2017). En este libro se recoge el título de uno de los artículos de Hobsbawm sobre el tema como una especie de guía para presentar una seria de monografías que buscan presentar nuevas miradas al gobierno militar de 1968 a 1975.

Para Hobsbawm, el Perú era uno de los países latinoamericanos donde las estructuras de poder eran más sólidas y donde las desigualdades eran más profundas; lo describía como un país en el que la injustica y la miseria estremecían a cualquiera. Para Hobsbawm, si un país necesitaba de una revolución ese era el Perú, sin embargo, esta parecía poco probable (Hobsbawm, 2016b, p. 326). Por lo que el giro político que tomó la Junta Militar que llegó al poder en 1968 sorprendió no solo a los ciudadanos peruanos, sino también a los intelectuales extranjeros dedicados al estudio de América Latina. Surge entonces la «necesidad» de clasificar al régimen.

Hobsbawm no consideraba al régimen como un experimento o como reformista. Lo clasificaba como una revolución porque eso era precisamente lo que la Junta Militar afirmaba que estaba haciendo y porque en sus tres primeros años, sostiene el historiador británico, el gobierno había realizado cambios más profundos que los llevados a cabo por el general Perón en Argentina (Hobsbawm, 2016a, p. 334). La inclusión de la población indígena en la política, la destrucción de la base económica y política de la llamada oligarquía, y la renegociación con el capital extranjero fueron, para Hobsbawm, tres cambios fundamentales llevados a cabo por la Junta Militar y que le permiten calificar al régimen como revolucionario.

Si bien es posible, como plantea Cecilia Méndez (2006), que la articulación política entre la población indígena y un sector del ejército peruano

es un fenómeno que proviene desde los inicios de la República, también lo es que la dictadura de Velasco puso especial énfasis en recuperar parte de la tradición cultural indígena como parte de un nuevo discurso nacional. También es posible señalar las posiciones contrapuestas de los intereses de los indígenas y los proyectos del régimen militar con respecto al reparto de tierras, como lo señala Enrique Mayer (2009). Todos estos matices, sin embargo, no invalidan que el gobierno de Velasco haya buscado que el indígena campesino fuera uno de los actores políticos importantes de su proyecto.

También es cierto que el ataque a la vieja oligarquía permitió la consolidación de nuevos grupos económicos que a lo largo de los años establecerían formas diferentes de relacionarse con los sucesivos gobiernos (Durand, 2003; Monsalve Zanatti, 2015; Vásquez, 2000). No obstante, el debilitamiento de la vieja oligarquía abrió nuevas formas de ascenso social. Finalmente, Shane Hunt (2011) también nos brinda una visión más compleja de la forma en que la Junta Militar renegoció con el capital extranjero. Pero, a pesar de todos estos matices, es claro que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas entre 1968 y 1975 marca un hito trascendental en la historia del Perú. Entonces cabe preguntarse, como lo hacía Hobsbawm, ¿qué tipo de revolución encabezó el gobierno del general Velasco?

No se trataba ciertamente de una clásica revolución de masas. Hobsbawm no encuentra movimientos campesinos, obreros o «multitudes» urbanas que hayan propiciado el ascenso del autodenominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Tampoco puede clasificarla como una revolución «desde arriba». En los tres años estudiados en los artículos de Hobsbawm, no lograron imponerse sobre los movimientos sociales ni se encuentra un conflicto similar a los ocasionados por la colectivización forzada del campo emprendida por Stalin o por la Revolución Cultural dirigida por Mao Tse-tung (Hobsbawm, 2016a, p. 335). No existió un movimiento social ni político cohesionado que apoyara o resistiera las acciones del gobierno en los primeros tres años. Por el contrario, la característica más saltante del Gobierno Revolucionario fue que actuó en un vacío de poder que le permitió, a pesar de su baja representatividad, hacer reformas tan profundas en poco tiempo (Hobsbawm, 2016a).

Es así como Hobsbawm clasifica al régimen militar como una «revolución peculiar» que no logró despertar el entusiasmo de los sectores que debieron ser claves para el fortalecimiento del gobierno. La pregunta que surge de inmediato es por qué el Gobierno Revolucionario no logra obtener ese apoyo social que tanto necesitaba. Para responder esta interrogante, Hobsbawm centra su análisis en tres grupos: campesinos, sectores urbano-rurales emergentes que él denomina «los cholos», y los obreros.

En lo que respecta a los campesinos indígenas, Hobsbawm sostiene que la primera razón que explica los desencuentros entre este grupo y el Gobierno Revolucionario fue que la mayoría de los primeros no recibieron tierras durante la Reforma Agraria. Además, la mayoría de los campesinos estaba a favor de una parcelación, no de la creación de cooperativas o Sociedades Agrarias de Interés Social como lo estableció el gobierno. A esto debemos añadir que la administración de las cooperativas por tecnócratas nombrados desde Lima les recordaba a los campesinos al capataz del hacendado que vivía en las ciudades (Hobsbawm, 2016a, p. 338). Muchos de los científicos sociales peruanos habían llegado a conclusiones similares a las de Hobsbawm sobre este asunto. Uno de los estudios más recientes que aborda estas desavenencias entre el proyecto de reforma agraria de los militares y los campesinos es el trabajo de Enrique Mayer, *Cuentos feos de la reforma agraria peruana* (2009).

El cuestionamiento, por parte de las políticas del Gobierno Militar, de las estructuras de poder, autoridad y género que existían en el interior de las comunidades fue una de las consecuencias de la Reforma Agraria que no es percibida por Hobsbawm, pero que afecta decididamente la alianza entre el gobierno y los campesinos, tal como lo sostiene Ponciano del Pino en su reciente libro *En el nombre del gobierno. El Perú y Uchuraccay: un siglo de política campesina* (2017, p. 95).

Para Hobsbawm, como para sus pares peruanos, la aparición de un nuevo sector social, una pequeña burguesía de origen quechua o aimara, era uno de los procesos políticos y económicos más importantes de finales de la década de 1960. Sin embargo, la emergencia de este sector, al que el historiador británico denomina «los cholos», fue un proceso que pasó desapercibido para el Gobierno Militar. Este sector era producto de la diferenciación social campesina y del crecimiento de la población urbana,

no solo en Lima sino también en ciudades intermedias como Huancayo y Juliaca. Siguiendo a otros autores, Hobsbawm señala que este nuevo sector se estaba articulando políticamente a finales de la década de 1960 alrededor de partidos de origen regional como el Frente Sindical Campesino dirigido por los hermanos Cáceres en el departamento de Puno (Hobsbawm, 2016b, pp. 328-329). La dictadura militar en cierta forma suspendió el ascenso político de este grupo al interrumpir los procesos electorales. Por ello, este sector social nunca mostró un entusiasmo por la «Revolución peruana» y, según Hobsbawm, percibían, con razón, que no encajaban en los proyectos desarrollistas del gobierno (Hobsbawm, 2016a, p. 339).

El tercer grupo eran los obreros, quienes estaban mejor organizados que los otros dos, razón por la que pudieron servir de base social para el Gobierno Revolucionario. Pero, de acuerdo con Hobsbawm, la Junta Militar nunca confió en los sindicatos; por el contrario, sospechaba que podían sabotear el «proceso peruano» o tratar de dirigirlo hacia un proyecto comunista. Consecuentemente, al mismo tiempo que implementaban políticas aparentemente a favor de los obreros, trataban constantemente de minar la organización sindical. Esto a su vez generó una desconfianza del sector sindical en el gobierno, que llevó poco a poco a una mayor oposición de los trabajadores al régimen. Tal como lo sostiene el historiador británico, las relaciones entre el gobierno y los trabajadores muestran las mayores debilidades de la «Revolución peruana» (Hobsbawm, 2016a, pp. 346-349).

Hobsbawm señala acertadamente que en los tres primeros años la Junta Militar tuvo la ventaja de actuar tanto en la esfera económica como en la política; sin embargo, luego de ese lapso las reformas comenzaron a mostrar sus limitaciones y se hizo más evidente que si los militares no adecuaban sus políticas a los nuevos escenarios, no iban a lograr sus objetivos.

En términos económicos, una de las principales restricciones que tenía el gobierno militar para implementar sus políticas desarrollistas era que la base industrial del Perú hacia finales de la década de 1960 era menor que la de Chile y Colombia. Por lo que no le quedaría más remedio a la Junta que sustentar buena parte de sus planes en los ingresos generados por el efímero *boom* de la industria pesquera. El otro problema al que se enfrentaba era el de atraer inversiones extranjeras directas para desarrollar la economía peruana.

El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas nunca se autodenominó como socialista, pero sí como nacionalista y antiimperialista. Por esta razón, buscaba mantener cierta independencia tanto del gobierno como de las compañías privadas de los Estados Unidos. Por eso buscó establecer alianzas con la ex Unión Soviética, los gobiernos y compañías privadas de Japón, Alemania Federal y otros países europeos. Sin embargo, a pesar de los tratados bilaterales y concesiones importantes, los militares peruanos no lograron atraer los montos de inversión extranjera que sus proyectos desarrollistas necesitaban. Según Hobsbawm, las limitaciones de la inversión industrial privada peruana y de la inversión extranjera directa forzarían al gobierno a incrementar el número de empresas estatales, más allá de las capacidades e intereses iniciales del gobierno, para cubrir estas deficiencias (Hobsbawm, 2016a).

Las restricciones sociales, algunas de ellas derivadas de las económicas, eran para Hobsbawm las más graves y las que mayor influencia podían tener en el destino final de la Junta Militar. En primer lugar, los cambios en el mundo agrario peruano, que se aceleraron con la Reforma, habían llevado a un proceso migratorio hacia las ciudades, Lima en especial. Pero la economía urbana no había logrado asimilar a la nueva población ni en términos laborales ni habitacionales. Si bien Hobsbawm señala que sería injusto culpar a las medidas del gobierno por esa situación, también subraya que la ineficiencia de los militares para relacionarse con la nueva población urbana y sus necesidades se convertiría en una debilidad política seria del régimen. En segundo lugar, Hobsbawm señala que todos los planes de comunidad industrial del gobierno habían sido inadecuados y, como consecuencia de ello, habían creado una mayor insatisfacción entre los trabajadores. Finalmente, y no menos importante, las políticas sociales del gobierno no estaban dando resultado. En el sector educación, por ejemplo, la deserción escolar en secundaria llegaba a cerca del 88% y no se había logrado reducir significativamente el analfabetismo (Hobsbawm, 2016a, pp. 351-352).

Según Hobsbawm, lo más probable es que los dirigentes de la «Revolución peruana» no lograran sobrepasar estas restricciones y que fueran desplazados del poder por otros miembros de las fuerzas armadas que

implantarían un gobierno más similar al de la dictadura militar brasileña (Hobsbawm, 2016a, p. 357). Independientemente de lo acertadas de las predicciones de Hobsbawm, los textos nos muestran una forma interesante –y, en ciertos aspectos, incluso novedosa– para el estudio del autodenominado «Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas» (1968-1975).

Referencias

Aguirre, C., & Drinot, P. (2017). *The peculiar revolution. Rethinking the Peruvian experiment under military rule*. University of Texas Press.

del Pino, P. (2017). *En el nombre del gobierno. El Perú y Uchuraccay: un siglo de política campesina*. Lima: La Siniestra Ensayos, Universidad Nacional de Juliaca.

Durand, F. (2003). *Riqueza económica y pobreza política. Reflexiones sobre las élites de poder en un país inestable*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Hobsbawm, E. (2016a). Peru: The peculiar «revolution». En L. Bethell, *Viva la revolución. Eric Hobsbawm on Latin America* (pp. 334-361). Londres: Little, Brown.

Hobsbawm, E. (2016b). What's new in Peru. En L. Bethell, *Viva la revolución. Eric Hobsbawm on Latin America* (pp. 322-333). Londres: Little, Brown.

Hobsbawm, E. (2016c). Generals as revolutionaries. En L. Bethell, *Viva la revolución. Eric Hobsbawm on Latin America*. Londres: Little, Brown.

Hunt, S. (2011). La inversión extranjera directa en el Perú: las nuevas reglas de un viejo juego. En S. Hunt, *La formación de la economía peruana. Crecimiento y distribución en la historia del Perú y América Latina* (pp. 317-366). Lima: Banco Central de Reserva del Perú, Instituto de Estudios Peruanos, PUCP.

Mayer, E. (2009). *Cuentos feos de la reforma agraria peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Cepes.

Méndez, C. (septiembre de 2006). Las paradojas del autoritarismo: ejército, campesinado y etnicidad en Perú, siglos XIX al XX. *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, (26), 17-34.

Monsalve Zanatti, M. (2015). Evolución de la gran empresa familiar peruana 1890-2012. En P. Fernández, & A. Lluch, *Familias empresarias y grandes empresas familiares en América Latina y España. Una visión de largo plazo* (pp. 381-407). Bilbao: Fundación BBVA.

Vásquez, E. (2000). *Estrategias del poder. Grupos económicos en el Perú*. Lima: Universidad del Pacífico, Centro de Investigación.

Sobre los expositores

Martín Monsalve Zanatti

Profesor del Departamento Académico de Humanidades de la Universidad del Pacífico. Además, es presidente del Fondo Editorial y director de *Apuntes, Revista de Ciencias Sociales*. Es doctor y magíster en Historia (con especialidad en América Latina) por la Universidad de Stony Brook (State Univerisity of New York). Las áreas de docencia e investigación del profesor Monsalve se centran en la historia económica y empresarial del Perú y América Latina. Ha dictado cursos de Historia de América Latina en las universidades de British Columbia y Simon Fraser, en Vancouver. Ha realizado investigaciones históricas sobre la evolución de las grandes familias empresarias y grupos económicos en el Perú, los cambios en la gerencia de las empresas peruanas y la evolución de sus patrones de internacionalización, y la transformación de la industria y el mercado interno durante los siglos XIX y XX. Actualmente, se encuentra haciendo estudios sobre las redes corporativas de las grandes empresas peruanas, el impacto de las crisis financieras en la administración de las empresas y el rol de las empresas y los empresarios en el desarrollo regional del Perú.

Scarlett O'Phelan Godoy

Licenciada en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú y doctora en Historia Latinoamericana (Ph. D.) por la Universidad de Londres. Cuenta con estancias de posdoctorado en la Universidad de Colonia, Alemania, y en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla,

España. Profesora principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú y catedrática de la Academia Diplomática del Perú. Miembro de número de la Academia Nacional de la Historia del Perú. En el año académico 2008-2009 fue designada «Simon Bolivar Professor» de la Universidad de Cambridge. Entre sus libros, destacan *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia, 1700-1783* (1988, 2012), *La gran rebelión en los Andes. De Túpac Amaru a Túpac Catari* (1995), *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios, 1750-1835* (1997), *San Martín y su paso por el Perú* (2010), *O'Higgins y sus estancias en el Perú* (2010), *La Independencia en los Andes. Una historia conectada* (2014), *Siete ensayos sobre la gran rebelión de los Andes: de Túpac Amaru a Túpac Catari* (2016), y *1814: La junta de gobierno de Cuzco y el sur andino* (2016).

Felipe Portocarrero Suárez

Profesor principal y jefe del Departamento Académico de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad del Pacífico. Es D. Phil. en Sociología por el St. Antony's College, University of Oxford (Inglaterra), magíster en Sociología con mención en Población, y bachiller en Ciencias Sociales con mención en Sociología, por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha sido rector de la Universidad del Pacífico, director de su Centro de Investigación y presidente de su Fondo Editorial. Ha sido investigador responsable en el Johns Hopkins Comparative Nonprofit Sector Project, *fellow* del Programa de Liderazgo en Filantropía en las Américas, director del Programa de Liderazgo y Desarrollo Social en América Latina / Región Andina, miembro del Consejo Directivo de la Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, director del equipo peruano de la Social Enterprise Knowledge Network (SEKN), miembro del Consejo Asesor de Avina, investigador visitante en el Programa Pasca de la Universidad de Harvard y *visiting fellow* en el St. Antony's College, University of Oxford, entre otras actividades académicas.

Luis Torrejón Muñoz

Es profesor de Historia en la Universidad del Pacífico y en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. También se desempeña como director de la Escuela Preuniversitaria de la Universidad del Pacífico. Es licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú y ha realizado estudios de posgrado en Sociología, en la misma universidad. Ha sido investigador del Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.